



LECTIO DIVINA

III semana de Pascua
Del 05 al 11 de mayo de 2019



“¡Es Jesús!

Solo Él hace milagros en lo cotidiano”

DOMINGO, 05 DE MAYO DE 2019

Reconocer la voz del Maestro y ponernos en marcha.

Oración introductoria

Acompáñame, Señor, en esta Pascua para que pueda reconocer tu voz y amarte como Tú me amas.

Petición

Señor, enséñame que todo el valor de mi vida y de mis obras depende del amor y de la donación con la que viva.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 5,27b-32.40b-41)

En aquellos días, el sumo sacerdote interrogó a los apóstoles y les dijo: «¿No os hablamos prohibido formalmente enseñar en nombre de éste? En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre.» Pedro y los apóstoles replicaron: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero. La diestra de Dios lo exaltó, haciéndolo jefe y salvador, para otorgarle a Israel la conversión con el perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que le obedecen.» Prohibieron a los apóstoles hablar en nombre de Jesús y los soltaron. Los apóstoles salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquel ultraje por el nombre de Jesús.

Salmo (Sal 29,2.4.5.6.11.12a.13b)

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.

Lectura del libro del Apocalipsis (Ap. 5,11-14)

Yo, Juan, en la visión escuché la voz de muchos ángeles: eran millares y millones alrededor del trono y de los vivientes y de los ancianos, y decían con voz potente: «Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza.» Y oí a todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra, bajo la tierra, en el mar - todo lo que hay en ellos, que decían: «Al que se sienta en el trono y al Cordero la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos.» Y los cuatro vivientes respondían: «Amén.» Y los ancianos se postraron rindiendo homenaje.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn. 21,1-19)

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar.» Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo.» Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?» Ellos contestaron: «No.» Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.» La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: «Es el Señor.» Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger.» Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: «Vamos, almorzad.» Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos,

después de resucitar de entre los muertos. Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Jesús le dice: «Apacienta mis corderos.» Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Él le dice: «Pastorea mis ovejas.» Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero.» Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas. Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras.» Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme.»

Releemos el evangelio

San Gregorio Magno (c. 540-604)

papa y doctor de la Iglesia

Homilías sobre el Evangelio, nº 24

“Al clarear el día, se presentó Jesús en la orilla del lago”

El mar es el símbolo del mundo actual, agitado por la tempestad de los asuntos y la marejada de la vida caduca. La orilla firme es la figura del reposo eterno. Los discípulos trabajan en el mar ya que todavía siguen en la lucha contra las olas de la vida mortal. Pero nuestro Redentor, está en la orilla pues ya ha superado la condición de una carne frágil.

Por medio de estas realidades naturales, Cristo nos quiere decir, a propósito del misterio de su resurrección: “No me aparezco ahora en medio del mar porque ya no estoy con vosotros en el bullicio de las olas”. (Mt 14,25) Por esto dice a los discípulos: “Cuando aún estaba entre vosotros ya os dije que era necesario que se cumpliera todo lo escrito sobre mí...” (cf Lc 24,44) De aquí en adelante, ya no estaba con ellos de la misma manera.

Estaba allí, apareciendo corporalmente a sus ojos, pero...su carne inmortal distaba mucho de sus cuerpos mortales. Su cuerpo en la orilla, cuando ellos todavía navegaban por el mar, indica bien a las claras que él había superado aquel modo de existencia, pero que no obstante estaba con ellos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Esperar despiertos, ir, arriesgar, comunicar la belleza: son gestos de amor. El buen Pastor, que en Navidad viene para dar la vida a las ovejas, en Pascua le preguntará a Pedro, y en él a todos nosotros, la cuestión final: “¿Me amas?”. De la respuesta dependerá el futuro del rebaño. Esta noche estamos llamados a responder, a decirle también nosotros: “Te amo”. La respuesta de cada uno es esencial para todo el rebaño.» *(Homilía de S.S. Francisco, 24 de diciembre de 2018).*

Meditación

El maestro ha muerto, resucitó y lo vimos... pero... ¿Ahora qué? Muchos de nosotros nos hemos ido preparando para tener una experiencia espiritual en Semana Santa, así como vivimos la alegría de la Pascua, pero hemos regresado a nuestra barca de todos los días, a nuestras ocupaciones ordinarias. Quizás, como a los apóstoles, nos cuesta ver los frutos espirituales, lanzamos la red y no encontramos pesca.

«Echen la red a la derecha de la barca». Cuando nos sentimos de nuevo en la rutina, el secreto está en agudizar los oídos para reconocer la voz del Maestro. El segundo paso es ponernos en marcha, ir al encuentro del Señor quien, a pesar de haberle fallado tantas veces, está esperándonos con su mirada amorosa y nos pregunta: ¿Me amas más que a éstos? ¿Me amas más que lo que te aleja de mí y te genera sólo una alegría pasajera? Después de este gran reencuentro personal con el Maestro, la vida de Pedro nunca fue la misma, nunca fue una rutina más, sino que tuvo una misión encomendada por el mismo Jesús.

En estos días reencontremos con el Señor, con su misericordia. Digámosle que quizás no somos capaces de amarle como lo merece, solo de quererle como Pedro, pero que queremos hacerlo con la mayor intensidad para que nuestra alma sea sanada y, a través nuestro, muchos otros puedan tener la experiencia de conocer a Cristo. También el Señor nos quiere dar una misión. Agudicemos nuestros oídos del espíritu para escuchar su voz.

Oración final

Gracias, ¡oh Padre! por haberme acompañado más allá de la noche, hacia el nuevo alba donde me ha salido al encuentro tu Hijo Jesús. Gracias por haber abierto mi corazón a la acogida de la Palabra y haber realizado el prodigio de una pesca sobreabundante en mi vida. Gracias por el bautismo en las aguas de la misericordia y del amor, por el banquete a la orilla del mar.

Gracias por mis hermanos y hermanas que se sientan siempre conmigo a la mesa del Señor Jesús, ofrecido por nosotros. Y gracias porque no te cansas de acercarte a nuestra vida y de poner a seguro nuestro corazón, Tú que sólo lo puedes curar verdaderamente. Gracias, finalmente, por la llamada que también hoy me has dirigido, diciéndome: “¡Tú, sígueme!” ¡Oh, Infinito Amor, yo quiero ir contigo, llévate a mis hermanos!

LUNES, 06 DE MAYO DE 2019

¿Las cosas de Dios o el Dios de las cosas?

Oración introductoria

Señor, hoy vengo simplemente para estar contigo.

Petición

Jesús, ayúdame a buscarte en todo lo que hago. Que todas mis obras vayan encaminadas a darte gloria.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch.6,8-15)

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba. Entonces indujeron a unos que asegurasen: «Le hemos oído palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios». Alborotaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas, y, viniendo de improviso, lo agarraron y lo condujeron al Sanedrín, presentando testigos falsos que decían: «Este individuo no para de hablar contra el Lugar Santo y la Ley, pues le hemos oído decir que ese Jesús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés». Todos los que estaban sentados en el Sanedrín fijaron su mirada en él y su rostro les pareció el de un ángel.

Salmo (Sal 118,23-24.26-27.29-30)

Dichoso el que camina en la voluntad del Señor.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn.6, 22-29)

Después de que Jesús hubo saciado a cinco mil hombres, sus discípulos lo vieron caminando sobre el mar. Al día siguiente, la gente que se había quedado al otro lado del mar notó que allí no había habido más que una barca y que Jesús no había embarcado con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían marchado solos. Entretanto, unas barcas de Tiberíades llegaron cerca del sitio donde habían comido el pan después que el Señor había dado gracias. Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús. Al

encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?». Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios». Ellos le preguntaron: «Y, ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?». Respondió Jesús: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado».

Releemos el evangelio

San Juan María Vianney (1786-1859)

presbítero, cura de Ars

*El espíritu del Santo Cura de Ars en sus catequesis,
sus Sermones y sus Conversaciones*

“El día del Señor”

Se equivoca en sus cálculos aquel que se afana el domingo con el pensamiento de que va a ganar más dinero o de que tendrá más actividades! ¿Dos o tres francos podrían compensar el error que comete contra él mismo violando la ley del Buen Dios? ustedes se imaginan que todo depende de su trabajo; pero sobreviene una enfermedad, un accidente. Hace falta tan poco: una tormenta, el granizo, un congelamiento... Trabajen, no por la comida que perece, sino por aquella que demora en la vida eterna. ¿Qué reciben al trabajar el domingo? Ustedes dejan la tierra tal y como está cuando se marchan; ese día no se llevan nada con ustedes.

Nuestro primer objetivo es ir a Dios; estamos en la tierra únicamente para eso. Mis hermanos, habría que morir el domingo y resucitar el lunes. El domingo, es el bien del Buen Dios: ese día Le pertenece, el Día del Señor. Hizo todos los días de la semana; ¡Él los hubiera podido conservar todos, pero les dio seis, y solamente se reservó el séptimo!

Palabras del Santo Padre Francisco

«Dios no mide la cantidad sino la calidad, escruta el corazón, mira la pureza de las intenciones. Esto significa que nuestro “dar” a Dios en la oración y a los demás en la caridad debería huir siempre del ritualismo y del formalismo, así como de la lógica del cálculo, y debe ser expresión de gratuidad, como hizo Jesús con nosotros: nos salvó gratuitamente, no nos hizo pagar la redención. Nos salvó gratuitamente. Y nosotros, debemos hacer las cosas como expresión de gratuidad» (*Ángelus de S.S. Francisco, 11 de noviembre de 2018*).

Meditación

Cuando un novio está enamorado hay un momento en el que éste decide y dice para sí mismo: esta es la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida. Seguido de esto, el novio se pone en marcha y busca hacer de esa decisión algo muy concreto. Es aquí cuando comienza la búsqueda de un anillo, es decir, la búsqueda de una manifestación externa que ponga de relieve, aunque sea mínimamente, el amor que tiene hacia la persona amada.

Llegado el momento de la declaración, el novio se pone de rodillas y salen de su boca las palabras que jamás pensó pronunciar: ¿Te quieres casar conmigo? La novia, en tanto, ve el anillo, se toca las manos y aunque todavía no ha dicho nada, su mirada y sus lágrimas lo han dicho todo ya. Hasta que, por fin, con voz temblorosa, dice: Sí.

El amor tiene mil y una maneras de manifestarse. Una mirada, un abrazo, un regalo, un silencio, una palabra... Dios, nos manifiesta su amor de tantas maneras, algunas muy obvias, y otras, que requieren de nosotros una mayor atención.

Sin embargo, a veces podemos amar más las cosas de Dios que al Dios de las cosas. Podemos amar más el pan que recibimos que Aquel que nos

da el pan; podemos amar más la medicina que al doctor; podemos amar más el anillo que a la persona que nos ha manifestado su amor.

La necesidad de Dios siempre será una constante en nuestra vida. Él es el primero que está pendiente de nuestras necesidades, aun las necesidades más superficiales. Pero no podemos olvidar que lo que realmente necesitamos es su amor, el amor de Dios.

Oración final

Señor, te conté mi vida y me respondiste,
enséñame tus preceptos.

Indícame el camino hacia tus mandatos

y meditaré en todas tus maravillas. *(Sal 119,26-27)*

MARTES, 07 DE MAYO DE 2019

Amar, para ya nunca tener hambre o sed

Oración introductoria

Señor, Dios mío, que me has llamado a la experiencia de tu amor, hoy vengo nuevamente a Ti para renovar esta vivencia de sentirme querido, de sentirme querida. Gracias por donarme el don de la fe, el don de la esperanza y el don de la caridad. Hazlos crecer en mí, y derramarse así también a los demás. En tus manos coloco este tiempo de oración, que deseo dedicarte únicamente a Ti, para así luego dedicarme a los demás viéndote a Ti. Espíritu Santo, fuente de luz, dame un corazón sensible en la lectura de este Evangelio.

Petición

Jesús, aumenta mi fe sobre tu presencia real en la Eucaristía.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch.7, 51-8,1a)

En aquellos días, dijo Esteban al pueblo y a los ancianos y escribas: «¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo, lo mismo que vuestros padres. ¿Hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaban la venida del Justo, y ahora vosotros lo habéis traicionado y asesinado; recibisteis la ley por mediación de ángeles y no la habéis observado». Oyendo sus palabras se recomían en sus corazones y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo: «Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios». Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y, como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos dejaron sus capas a los pies de un joven llamado Saulo y se pusieron a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Luego, cayendo de rodillas y clamando con voz potente, dijo: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado». Y, con estas palabras, murió. Saulo aprobaba su ejecución.

Salmo (Sal 30,3cd-4.6ab.7b.8a.17.21ab)

A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn.6, 30-35)

En aquel tiempo, el gentío dijo a Jesús: «¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Pan del cielo les dio a comer”». Jesús les replicó: «En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo.

Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo». Entonces le dijeron: «Señor, danos siempre de este pan». Jesús les contestó: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

Releemos el evangelio

San Cirilo de Alejandría (380-444)

obispo y doctor de la Iglesia

Sobre Isaías, IV, 1

«Es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo»

«¡Cantad al Señor un cántico nuevo!»(Sl 95,1). Nuevo es el cántico, para que esté de acuerdo con las realidades nuevas; Pablo lo ha escrito: «El que es de Cristo es una criatura nueva: lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado» (2C 5,17). Los que eran israelitas por lazos de sangre fueron liberados de la tiranía de los Egipcios gracias al mediador de aquel tiempo, el sabio Moisés; fueron liberados de la faena de ladrillos, de inútiles sudores... de los quehaceres terrestres, de la crueldad de los vigilantes, de la dureza inhumana del Faraón. Atravesaron el mar; en el desierto comieron el maná; vieron cómo el agua brotaba de la roca; a pie enjuto pasaron el Jordán; fueron introducidos a la Tierra prometida.

Ahora bien, para nosotros todo esto ha sido renovado, y el mundo nuevo es incomparablemente mejor que el antiguo. Hemos sido liberados de una esclavitud, no terrestre, sino espiritual; hemos sido liberados no de quehaceres de esta tierra, sino de la suciedad de los placeres carnales. Hemos escapado no de los capataces egipcios o del tirano impío y despiadado, hombre como nosotros, sino de los demonios malignos e impuros que incitan a pecar y del jefe de su mala raza, Satán. Hemos atravesado el oleaje de la vida presente, como se atraviesa el mar, con su tumulto y locas agitaciones. Hemos comido el maná espiritual, el pan bajado del cielo, que da la vida al mundo. Hemos bebido del agua salida de la roca haciendo nuestras delicias las aguas vivas de Cristo. Hemos atravesado el Jordán gracias al santo bautismo que hemos sido juzgados

dignos de recibir. Hemos entrado en la tierra prometida a los santos y preparada para ellos, esta tierra de la que el Señor hace memoria diciendo: «Dichosos los mansos porque heredarán la tierra» (Mt 5,4).

Palabras del Santo Padre Francisco

«La Eucaristía es la cena de la familia de Jesús, que a lo largo y ancho de la tierra se reúne para escuchar su Palabra y alimentarse con su Cuerpo. Jesús es el Pan de Vida de nuestras familias, Él quiere estar siempre presente alimentándonos con su amor, sosteniéndonos con su fe, ayudándonos a caminar con su esperanza, para que en todas las circunstancias podamos experimentar que es el verdadero Pan del cielo.» (*Homilía de S.S. Francisco, 22 de septiembre de 2015*).

Meditación

Te doy gracias, Dios mío, por habernos enviado a tu Hijo a nuestras vidas. Dios se hizo hombre entre nosotros, vivió junto a nosotros, nos enseñó a vivir su amor. Si alguna vez nos preguntamos, qué es lo que nos haría feliz en esta vida, es Cristo quien habría de darnos la respuesta. El Hijo del Padre se encarnó en el seno de la Virgen María para nacer y vivir entre nosotros, junto a nosotros, junto a mí, y darnos testimonio, en vida y en palabra, sobre en qué consistiría la vida eterna: amar.

¿Qué señal viniste a darnos para que pudiéramos creerte? No sé si exista señal más excelsa que la de amar hasta el extremo. Sanar ciegos, curar leprosos, saciar el hambre en pescas milagrosas, multiplicar los panes entre miles de personas –nada queda comprendido de estos signos, si no se entienden bajo el signo del amor, bajo el signo de una cruz, bajo el signo de un Redentor que sufrió verdaderamente en carne y en hueso lo que todo ser humano –e incluso más.

Él es el verdadero pan del cielo, Él es mayor que el maná, porque el pan de Dios es Aquél que baja del cielo y da la vida al mundo. Y si yo perdí la vida por mi pecado, Señor Jesús, Tú viniste a recobrarla –y a

enriquecerla- por medio de tu amor. Hoy puedo tener la certeza de poder amar como Tú, porque no solamente nos mandaste amar, sino que viniste a ofrecernos la gracia de poder hacerlo. Con plena confianza en tu amor, quiero ofrecerte mi vida en entrega a los demás, en entrega en mi misión, en mi familia, con mis amigos y amigas, con las personas que has puesto en mi camino para darte conocerte a Ti –conocerte por medio de mí que, aunque soy poco, te tengo a Ti.

Oración final

En ti, Yahvé, me cobijo,
inunca quede defraudado!
¡Líbrame conforme a tu justicia,
tiende a mí tu oído, date prisa!
Sé mi roca de refugio,
alcázar donde me salve. *(Sal 31,2-3)*

MIERCOLES, 08 DE MAYO DE 2019

Mi puerta

Oración introductoria

Señor, ayúdame a estar contigo

Petición

Señor, que tu voluntad sea la ley que dirija mis actos, hoy y siempre

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch.8, 1-8)

Aquel día, se desató una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén; todos, menos los apóstoles, se dispersaron por Judea y Samaría. Unos hombres piadosos enterraron a Esteban e hicieron gran duelo por él. Saulo, por su parte, se ensañaba con la Iglesia, penetrando en las casas y arrastrando a la cárcel a hombres y mujeres. Los que habían sido dispersados iban de un lugar a otro anunciando la Buena Nueva de la Palabra. Felipe bajó a la ciudad de Samaría y les predicaba a Cristo. El gentío unánimemente escuchaba con atención lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los signos que hacía, y los estaban viendo: de muchos poseídos salían los espíritus inmundos lanzando gritos, y muchos paralíticos y lisiados se curaban. La ciudad se llenó de alegría.

Salmo (Sal 65,1-3a.4-5.6-7ª)

Aclamad al Señor, tierra entera.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn.6, 35-40)

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás; pero, como os he dicho, me habéis visto y no creéis. Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré afuera, porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día. Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día».

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Carta Apostólica «Novo Millennio Inuente», §16-17

***«La voluntad de mi Padre es que todo hombre
que ve al Hijo y cree en Él tenga la vida eterna»***

«Queremos ver a Jesús» (Jn 12,21). Esta petición, hecha al apóstol Felipe por algunos griegos que habían acudido a Jerusalén para la peregrinación pascual, ha resonado también espiritualmente en nuestros oídos en este Año jubilar. Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo «hablar» de Cristo, sino en cierto modo hacérselo «ver». ¿Y no es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio? Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros contempladores de su rostro.

El Gran Jubileo nos ha ayudado a serlo más profundamente. Al final del Jubileo, a la vez que reemprendemos el ritmo ordinario, llevando en el ánimo las ricas experiencias vividas durante este período singular, la mirada se queda más que nunca fija en el rostro del Señor. La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura que, desde el principio hasta el final, está impregnada de este misterio, señalado oscuramente en el Antiguo Testamento y revelado plenamente en el Nuevo, hasta el punto que san Jerónimo afirma con vigor: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo».

Teniendo como fundamento la Escritura, nos abrimos a la acción del Espíritu (Jn 15,26), que es el origen de aquellos escritos, y, a la vez, al testimonio de los Apóstoles (ibíd., 27), que tuvieron la experiencia viva de Cristo, la Palabra de vida, lo vieron con sus ojos, lo escucharon con sus oídos y lo tocaron con sus manos (1 Jn 1,1). Lo que nos ha llegado por

medio de ellos es una visión de fe, basada en un testimonio histórico preciso.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Este pan de vida, sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, viene a nosotros donado gratuitamente en la mesa de la eucaristía. En torno al altar encontramos lo que nos alimenta y nos sacia la sed espiritualmente hoy y para la eternidad. Cada vez que participamos en la santa misa, en un cierto sentido, anticipamos el cielo en la tierra, porque del alimento eucarístico, el Cuerpo y la Sangre de Jesús, aprendemos qué es la vida eterna.

Esta es vivir por el Señor: «el que me coma vivirá por mí» (v. 57), dice el Señor. La eucaristía nos moldea para que no vivamos solo por nosotros mismos, sino por el Señor y por los hermanos. La felicidad y la eternidad de la vida dependen de nuestra capacidad de hacer fecundo el amor evangélico que recibimos en la eucaristía.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 19 de agosto de 2018*).

Meditación

Cristo es el pan de la vida y todos nosotros lo sabemos; sabemos que es Él a quién necesitamos para tener una verdadera vida, pero la pregunta es, ¿cómo tengo al pan de vida? La respuesta nos la da el mismo Señor, «el que viene a mí».

Para estar cerca del Señor solo debo ir, solo debo avanzar paso a paso para obtener el pan de la vida. No es algo que se me impone, es alguien a quién busco, no porque debo, sino porque lo necesito, está en mí tenerlo. Sin este pan tendré siempre hambre, sin Cristo no tendré una vida plena. ¿Pero cómo son estos pasos? Acercarme a Cristo es en cierto modo difícil porque no son pasos físicos sino pasos espirituales; el poseer el pan de la vida es un recorrer un sendero espiritual personal. Y los pasos no son ir a misa, rezar el rosario, leer la Biblia, ayudar al prójimo, ¡no! Los pasos

consisten en hacer todo eso con amor; el alma que está amando es el alma que está caminando hacia Cristo.

El cristiano debe amar a Dios en todo lo que hace, vivir la Santa Misa con la consciencia de que ama y es amado, rezar a Dios con la certeza de que está amando y está siendo amado, ayudar al prójimo para estar con Dios.

¡Amemos hoy a Dios! Caminemos hacia el pan de la vida y no pasaremos hambre y sed, porque tendremos todo, tendremos a Dios.

Oración final

Aclama a Dios, tierra entera,
cantad a su nombre glorioso,
dadle honor con alabanzas,
decid a Dios: ¡Qué admirables tus obras! *(Sal 66,1-3)*

JUEVES, 09 DE MAYO DE 2019

Un gran regalo... que no agradecemos.

Oración introductoria

Señor, que abra mi corazón a tus inspiraciones para poder, así, cumplir siempre tu santa voluntad.

Petición

Jesús, ayúdame a valorar el sacramento de la Eucaristía.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch.8, 26-40)

En aquellos días, un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo: «Levántate y marcha hacia el sur, por el camino de Jerusalén a Gaza, que está desierto». Se levantó, se puso en camino y, de pronto, vio venir a un etíope; era un eunuco, ministro de Candaces, reina de Etiopía e intendente del tesoro, que había ido a Jerusalén para adorar. Iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo al profeta Isaías. El Espíritu dijo a Felipe: «Acércate y pégate a la carroza». Felipe se acercó corriendo, le oyó leer el profeta Isaías, y le preguntó: «¿Entiendes lo que estás leyendo?». Contestó: «Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?». E invitó a Felipe a subir y a sentarse con él. El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era este: «Como cordero fue llevado al matadero, como oveja muda ante el esquilador, así no abre su boca. En su humillación no se le hizo justicia. ¿Quién podrá contar su descendencia? Pues su vida ha sido arrancada de la tierra». El eunuco preguntó a Felipe: «Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?; ¿de él mismo o de otro?». Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús. Continuando el camino, llegaron a un sitio donde había agua, y dijo el eunuco: «Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?». Mandó parar la carroza, bajaron los dos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió su camino lleno de alegría. Felipe se encontró en Azoto y fue anunciando la Buena Nueva en todos los poblados hasta que llegó a Cesarea.

Salmo (Sal 65,8-9.16-17.20)

Aclamad al Señor, tierra entera

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn.6, 44-51)

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado, Y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios”. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al

Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo».

Releemos el evangelio

San Francisco de Sales (1567-1622)

obispo de Ginebra y doctor de la Iglesia

Tratado del amor de Dios, 3, 15

***«Vuestros padres comieron en el desierto el maná, y murieron;
pero el que coma el pan del cielo no morirá»***

El maná era saboreado por cualquiera que lo comía, y no obstante, de manera diferente según el apetito de los que lo comían, pero nunca nadie agotó su sabor, porque poseía más sabores de los que la variedad de gustos de los israelitas juntos podían apreciar (*Sab 16,20-21*). Nosotros vamos a ver y saborear allá arriba, en el cielo, toda la Divinidad, pero jamás ningún bienaventurado ni todos juntos le verán ni saborearán totalmente...

Es a semejanza de los peces que gozan de la grandeza increíble del océano y, sin embargo, jamás ningún pez, ni toda la multitud de peces, no ha visto todas las playas ni ha mojado sus escamas en todas las aguas del mar. Y los pájaros gozan a su gusto en la inmensidad del aire, pero jamás ningún pájaro ni todas las razas de pájaros que existen no ha batido sus alas en todos los rincones del aire ni ha llegado a la región superior de éste. Nuestros espíritus, a su gusto y según la amplitud de sus deseos, navegarán en el océano y volarán por el aire de la Divinidad, y se gozarán eternamente al ver cuán infinito es el aire, cuán amplio el océano, que no puede ser medido por sus alas, y que gozarán sin reservas ni excepción alguna de todo este abismo infinito de la Divinidad, y, no obstante no podrán jamás igualar su gozo a este infinitud, la cual permanece siempre infinitamente infinita por encima de su capacidad.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Para tener esta vida es necesario nutrirse del Evangelio y del amor de los hermanos. Frente a la invitación de Jesús a nutrirnos con su Cuerpo y su Sangre, podremos sentir la necesidad de discutir y de resistir, como hicieron los que escuchaban de los que habla el Evangelio de hoy. Esto sucede cuando nos cuesta mucho modelar nuestra existencia sobre la de Jesús, y actuar según sus criterios y no según los criterios del mundo. Nutriéndonos con este alimento podemos entrar en plena sintonía con Cristo, como sus sentimientos, con sus comportamientos.

Esto es muy importante: ir a misa y comunicarse, porque recibir la comunión es recibir este Cristo vivo, que nos transforma dentro y nos prepara para el cielo. Que la Virgen María sostenga nuestro propósito de hacer comunión con Jesucristo, nutriéndonos de su eucaristía, para convertirnos a su vez en pan partido por los hermanos.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 19 de agosto de 2018*).

Meditación

«*Y yo lo resucitaré el último día*», dice el Señor en el Evangelio de hoy. Cuánta alegría debe despertar en nuestros corazones el sabernos redimidos, saber que el último día nos encontraremos con Él, que podremos contemplarlo cara a cara. Pero para poder contemplar su amor no es necesario esperar hasta la resurrección, lo podemos experimentar desde ya en los sacramentos, en la santa Eucaristía, que es el centro y culmen de la vida del cristiano. Busquemos participar de ella con espíritu de gratitud como lo hizo nuestra santísima Madre. ¿Cómo habrán sido las primeras eucaristías en el cenáculo? ¿Cómo habrá predispuesto su corazón ella que primero lo tuvo en su vientre y después lo recibe en las especies sacramentales?

«Yo soy el pan de la vida», ¿participo de la Eucaristía con la certeza de que es el pan que da vida a mi alma? Ésa debe ser una pregunta recurrente en nuestra preparación para recibir este santo misterio, contemplar la

Sagrada Eucaristía, adorarla, es ella el pan que da la vida. Pensemos cuántas veces está Jesús solo, abandonado en los sagrarios; pensemos en las veces que pasamos por la puerta de una Iglesia, en la que está Jesús sacramentado, y quizás por prisa o «falta de tiempo» o respeto humano, y tantas otras excusas que podemos poner, dejamos de visitar a nuestro Señor que espera allí paciente en el sagrario. Pidamos la gracia de ser verdaderos discípulos, apóstoles incansables, que no se desaniman ante las adversidades, sino que buscan ser fieles seguidores de Aquel que los amó primero.

Pidamos a María, ella que fue mujer eucarística por excelencia, ella que fue el primer sagrario, que cultive en nuestros corazones ese amor y gratitud a Dios por tan gran regalo para nuestra salvación y del mundo entero.

Oración final

Venid, escuchad y os contaré,
vosotros, los que estáis por Dios,
todo lo que ha hecho por mí.
Mi boca lo invocó,
mi lengua lo ensalzó. *(Sal 66,16-17)*

VIERNES, 10 DE MAYO DE 2019
SAN JUAN DE ÁVILA, PRESBITERO Y DOCTOR
Una verdadera alegría.

Oración introductoria

Señor, en este pequeño momento que te estoy frente a Ti, ayúdame a tomar conciencia del gran don que me has dado en la Eucaristía, pues quiero ser más consciente de lo que has hecho por mí.

Petición

Jesús, aumenta mi fe para no anhelar cosas materiales, sino apreciar el don de tu Eucaristía.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch.9, 1-20)

En aquellos días, Saulo, respirando todavía amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, autorizándolo a traerse encadenados a Jerusalén a los que descubriese que pertenecían al Camino, hombres y mujeres. Mientras caminaba, cuando ya estaba cerca de Damasco, de repente una luz celestial lo envolvió con su resplandor. Cayó a tierra y oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Dijo él: «¿Quién eres, Señor?». Respondió: «Soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer». Sus compañeros de viaje se quedaron mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo llevaron de la mano hasta Damasco. Allí estuvo tres días ciego, sin comer ni beber. Había en Damasco un discípulo, que se llamaba Ananías. El Señor lo llamó en una visión: «Ananías». Respondió él: «Aquí estoy, Señor». El Señor le dijo: «Levántate y ve a la calle llamada Recta, y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso. Mira, está orando, y ha visto en visión a un cierto Ananías que entra y le impone las manos para que recobre la vista». Ananías contestó: «Señor, he oído a muchos hablar de ese individuo y del daño que ha hecho a tus santos en Jerusalén, y que aquí tiene autorización de los sumos sacerdotes para llevarse presos a todos los que invocan tu nombre». El Señor le dijo: «Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel. Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre». Salió Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo: «Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno de Espíritu Santo». Inmediatamente se le cayeron de los ojos una especie de escamas, y recobró la vista. Se levantó, y fue bautizado. Comió, y recobró las fuerzas.

Se quedó unos días con los discípulos de Damasco, y luego se puso a anunciar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios.

Salmo (Sal 116,1.2)

Ir al mundo entero y proclamad el Evangelio.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn.6, 52-59)

En aquel tiempo, disputaban los judíos entre sí: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre». Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún.

Releemos el evangelio

Catecismo de la Iglesia Católica
§ 1362-1366

“Haced esto en memoria mía” (1C 11,25)

La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, la actualización y la ofrenda sacramental de su único sacrificio, en la liturgia de la Iglesia que es su Cuerpo. En todas las plegarias eucarísticas encontramos, tras las palabras de la institución, una oración llamada anamnesis o memorial. En el sentido empleado por la Sagrada Escritura, el memorial no es solamente el recuerdo de los acontecimientos del pasado, sino la proclamación de las maravillas que Dios ha realizado a favor de los hombres.

En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales. De esta manera Israel entiende su liberación de Egipto: cada vez que se celebra la pascua, los acontecimientos del Éxodo se hacen presentes a la memoria de los creyentes a fin de que conformen su vida a estos acontecimientos (Ex 13,3.8). El memorial recibe un sentido nuevo en el Nuevo Testamento. Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, hace memoria de la Pascua de Cristo y ésta se hace presente: el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la cruz, permanece siempre actual: “Cuántas veces se renueva en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado, se realiza la obra de nuestra redención” (Vaticano II, LG 63).

Por ser memorial de la Pascua de Cristo, la Eucaristía es también un sacrificio. El carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta en las palabras mismas de la institución: “Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros” y “Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que será derramada por vosotros” (Lc 22,19-20). En la Eucaristía, Cristo da el mismo cuerpo que por nosotros entregó en la cruz, y la sangre misma que “derramó por muchos para la remisión de los pecados” (Mt 26,28). La Eucaristía es, pues, un sacrificio porque representa (hace presente) el sacrificio de la cruz, porque es su memorial y aplica su fruto.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Hacer memoria significa fundarse nuevamente en Jesús, en su vida; significa reafirmar un claro “no” a la tentación de vivir para uno mismo; para reafirmar que, como Jesús, existimos para el Padre; que, como Jesús, debemos vivir para servir, no para ser servidos. Recordar es repetir con la inteligencia y la voluntad que la Pascua del Señor es suficiente para la vida.»
(Discurso de S.S. Francisco, 3 de diciembre de 2018).

Meditación

Un hombre pobre, destruido y perdido en la miseria es capaz de dar una sonrisa; no una sonrisa forzada o superficial, sino aquella que se escapa con naturalidad. ¿Cómo podemos explicar la alegría, cuando se vive en la miseria? Y de la misma forma, ¿cómo se puede entender la alegría de algún millonario, cuando «no» se fundamenta sobre sus bienes materiales? Por encima de toda situación concreta, toda persona es capaz de encontrar las fuerzas para sonreír honestamente y vivir con auténtica alegría.

Sea rico o pobre; inteligente o sencillo; sea de este lugar o de aquel; sea como fuese, todos pueden experimentar el sentido de la vida, el gozo, la entrega... Todos pueden recibir el alimento que, por encima de brindar fuerzas físicas, da fuerzas que sacian nuestras necesidades más profundas. Todos tienen la oportunidad de confiar en la debilidad con la esperanza de recibir una ayuda que se convierte en compañía.

El pan de vida, fuente de toda alegría, hoy lo tenemos como don desinteresado. El pan bajado del cielo se nos presenta como esperanza que alcanza cualquier realidad. Éste es el pan que se nos da como verdadera comida, pues nos trasmite lo que verdaderamente necesitamos.

Aunque estemos cansados, en problemas o simplemente no podamos encontrar un sentido a lo que nos sucede, es necesario encontrar las fuerzas que se fundamentan en una realidad que sobrepasa la humanidad. Cuando tomamos la Eucaristía, formamos parte de la eterna alegría de Dios.

De esta forma, todo hombre puede encontrar una razón para sonreír, pues solo así se comprende que la fuente de toda fuerza se sostiene en una verdadera felicidad. Al recibir la Eucaristía tendremos la experiencia de recibir un don desinteresadamente. Así, podremos hacer de nuestra vida una entrega desinteresada imitando lo que Cristo ha hecho. Él confía en nosotros, solo necesita que nosotros confiemos en Él.

Oración final

¡Alabad a Yahvé, todas las naciones,
ensalzadlo, pueblos todos!
Pues sólido es su amor hacia nosotros,
la lealtad de Yahvé dura para siempre. *(Sal 117,1-2)*

SÁBADO, 11 DE MAYO DE 2019

Palabras de vida eterna.

Oración introductoria

Concédeme, Señor, la gracia de experimentar la fuerza y el significado que tiene tu palabra para mi vida y, junto a san Pedro, poder decir lleno de paz y esperanzas: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna».

Petición

Jesucristo, dame la gracia de serte fiel en este día

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch.9, 31-42)

En aquellos días, la Iglesia gozaba de paz en toda Judea, Galilea y Samaría. Se iba construyendo y progresaba en el temor del Señor, y se multiplicaba con el consuelo del Espíritu Santo. Pedro, que estaba recorriendo el país, bajó también a ver a los santos que residían en Lida. Encontró allí a un cierto Eneas, un paralítico que desde hacía ocho años no se levantaba de la camilla. Pedro le dijo: «Eneas, Jesucristo te da la salud; levántate y arregla tu lecho». Se levantó inmediatamente. Lo vieron todos los vecinos de Lida y de Sarón, y se convirtieron al Señor. Había en Jafa una discípula llamada Tabita, que significa Gacela. Tabita hacía infinidad de obras buenas y de

limosnas. Por entonces cayó enferma y murió. La lavaron y la pusieron en la sala de arriba. Como Lida está cerca de Jafa, al enterarse los discípulos de que Pedro estaba allí, enviaron dos hombres a rogarle: «No tardes en venir a nosotros». Pedro se levantó y se fue con ellos. Al llegar, lo llevaron a la sala de arriba, y se le presentaron todas las viudas, mostrándole con lágrimas los vestidos y mantos que hacía Gacela mientras estuvo con ellas. Pedro, mandando salir fuera a todos, se arrodilló, se puso a rezar y, volviéndose hacia el cuerpo, dijo: «Tabita, levántate». Ella abrió los ojos y, al ver a Pedro, se incorporó. Él, dándole la mano, la levantó y, llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva. Esto se supo por todo Jafa, y muchos creyeron en el Señor.

Salmo (Sal 115,12-13.14-15.16-17)

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn.6, 60-69)

En aquel tiempo, muchos de los discípulos de Jesús dijeron: «Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?». Sabiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo: «¿Esto os escandaliza?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y, con todo, hay algunos de entre vosotros que no creen». Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar. Y dijo: «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede». Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios».

Releemos el evangelio

Santa Teresa de Ávila (1515-1582)

carmelita descalza y doctora de la Iglesia

Camino de perfección, 34

«Nosotros creemos»

¡Tenga quien quisiere cuidado de pedir ese pan; nosotras pidamos al Padre Eterno merezcamos recibir el nuestro pan celestial de manera que, ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle por estar tan encubierto, se descubra a los del alma y se le dé a conocer, que es otro mantenimiento de contentos y regalos y que sustenta la vida! Yo conozco una persona que habíala el Señor dado tan viva fe, que cuando oía a algunas personas decir que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo nuestro bien en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que, teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, que ¿qué más se les daba? Considerábase a sus pies y lloraba con la Magdalena, ni más ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del fariseo. Y aunque no sintiese devoción, la fe la decía que estaba bien allí. Porque, si no nos queremos hacer bobos y cegar el entendimiento, no hay que dudar; que esto no es representación de la imaginación, como cuando consideramos al Señor en la cruz o en otros pasos de la Pasión, que le representamos en nosotros mismos como pasó.

Esto pasa ahora y es entera verdad, y no hay para qué le ir a buscar en otra parte más lejos; sino que, pues sabemos que mientras no consume el calor natural los accidentes del pan, que está con nosotros el buen Jesús, que nos lleguemos a Él. Pues, si cuando andaba en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa?

Palabras del Santo Padre Francisco

«En los próximos días, al rezar con las Escrituras, volveréis a experimentar su eficacia: no queda sin efecto, sin cumplir aquello por lo que Dios nos la ha dado. Os deseo que recibáis siempre la Biblia en su preciosa unicidad: como palabra que, imbuida del Espíritu Santo, dador de vida, nos comunica a Jesús que es vida y así hace fecunda nuestra vida. Ningún otro libro tiene el mismo poder. Mediante su palabra, conocemos al Espíritu que la inspiró; de hecho, solo en el Espíritu Santo puede ser verdaderamente recibida, vivida y anunciada, porque el Espíritu enseña todo y recuerda cuanto Jesús dijo.» (*Homilía de S.S. Francisco, 31 de octubre de 2018*).

Meditación

La dinamicidad de la vida muchas veces inquieta nuestro interior. Cada día nos encontramos ante circunstancias de gran variedad, algunas son positivas, pero otras, también, son negativas que tocan nuestra vida personal, familiar o profesional. Experimentamos diversidad de sentimientos y emociones ante estas circunstancias que afectan o perturban nuestra integridad y mueven lo más profundo de nuestro ser, causando inestabilidad o estabilidad.

Esto fue lo que sucedió a los discípulos que escuchaban a Jesús. Las palabras del Señor nos eran suaves, sino duras. Sus palabras resonaban fuertemente en el interior de cada discípulo y, en algunos, producían inquietud, en otros, asombro o aflicción. Pero, por otra parte, también causaban atracción, conmovían, animaban. ¿Qué impresión causan en mí las palabras del Señor? ¿Qué fuerza y qué significado tienen para mi vida?

Vemos que para Pedro y los apóstoles tenían una fuerza única, un significado esencial y profundo. Eran la respuesta a sus interrogantes e inquietudes más profundas de su vida. En ellas descubrieron el amor del Padre, la Verdad y el Camino de sus vidas, más aún, descubrieron la Vida.

Las palabras del Señor dieron sentido y trascendieron sus vidas; iluminaron su realidad, su vida concreta, dando un horizonte lleno de esperanza.

Descubramos la fuerza y riqueza que tienen las palabras del Señor para nuestra vida. Dejemos que sus palabras toquen nuestro corazón, nuestra vida. Que sus palabras sean el sostén, pero, sobre todo, el amor inagotable de nuestro Señor.

Oración final

¡Ah, Yahvé, yo soy tu siervo,
tu siervo, hijo de tu esclava,
tú has soltado mis cadenas!

Te ofreceré sacrificio de acción de gracias
e invocaré el nombre de Yahvé. *(Sal 116,16-17)*